

Editorial

Una de las transformaciones más notables que ha traído consigo la emergencia de las nuevas tecnologías informáticas es el surgimiento de plataformas que han ido despojando al libro y a las publicaciones impresas de la condición que a lo largo de siglos se habían granjeado como instrumentos privilegiados de difusión de conocimientos. A la hora de buscar información o contenidos, las nuevas generaciones de lectores ya no salen a buscarla en bibliotecas o hemerotecas sino que acuden a servidores electrónicos. Eso explica el salto que muchas publicaciones periódicas especializadas han dado al formato digital.

En el caso de las revistas de la Universidad de Los Andes ese salto no ha obedecido a un proceso de transformación previamente planificado sino que ha sido una cuestión de obligada supervivencia. Al año XVII de la “Revolución Bolivariana”, la versión impresa de nuestras revistas ha dejado de ser una posibilidad. No está de más recalcar las razones de este hecho. Tras la expropiación de Smurfit Kappa, la empresa que durante décadas había ofrecido la pulpa de papel requerida para cubrir la demanda de cartón y papel en Venezuela, el inventario de este soporte esencial de la palabra escrita fue menguando hasta hacer de él una especie en extinción. El cuadro clínico del sistema editorial venezolano se complicó cuando el gobierno redujo drásticamente el suministro de divisas para la importación de insumos para la impresión. De manera que este número de *Voz y Escritura* no obedece a un plan previo que contemplaba la publicación de la revista de manera exclusiva en formato digital sino que responde a una migración forzosa en busca de un espacio que permita dar a conocer los frutos de quienes, a pesar de la difícil situación por la que está pasando el país, todavía consagran buena parte de sus días y sus noches a producir conocimiento académico.

Si la Universidad de Los Andes no fuera una institución pionera en el desarrollo y consolidación de plataformas digitales para la difusión de conocimiento, no sería posible ofrecer este número de *Voz y escritura* cuyo contenido describo a continuación.

Con la perspectiva inequívoca de una especialista que ha consagrado su trayectoria a enriquecer el panorama de la historia literaria venezolana, Mirla Alcibíades nos ofrece un artículo que responde cuáles fueron nuestras primeras revistas literarias, es decir, cuáles fueron las primeras publicaciones editadas regularmente en el siglo XIX venezolano que le dieron preeminencia a la escritura estética y cuáles fueron sus determinantes epocales para, finalmente, ofrecernos una detallada descripción de *Flor de Mayo*, revista aparecida originalmente en 1844 y que puede ser considerada como la primera revista literaria de nuestro país.

Desde el vasto panorama que ofrece la Historia Cultural, el candidato a Doctor en Letras Diego Rojas Ajmad, aborda el tema de la literatura gastronómica como instrumento para la formación de imaginarios sociales y, con el propósito de buscar indicios que le permitan señalar la contribución de los recetarios decimonónicos venezolanos en la formación de una identidad nacional, nos ofrece una lectura del recetario *Cocina criolla* (1899) de Tulio Febres Cordero.

¿Qué ocurre cuando los que están en el poder se valen de las grabaciones de un reconocido exponente de la canción de protesta como si fuera un certificado de pedigrí? ¿Se depura el aura política del régimen en cuestión o el legado del intérprete se convierte en un engranaje de la maquinaria simbólica al servicio del poder? Estas son algunas de las interrogantes que formula José Antequera Ortiz en “Recepción actual de la obra de Alí Primera en los términos de las relaciones entre cultura, sociedad y canción de protesta”.

¿Cómo opera la memoria cuando se vive en un país donde no solo se pierde la juventud sino la vejez, donde el gobierno ha impuesto una visión tan grandilocuente de cultura que la sabiduría de las pequeñas voces ha sido desahuciadas, donde todo se ha vuelto tan simbólico que hasta el acto de comer se convierte en mito? Tal es el asunto abordado por Víctor Valdés en “Reina María Rodríguez y algunos relatos de la memoria”.

Como vemos, la diversidad de los temas abordados en este número, el enfoque del que se han valido los autores y el proceso de investigación requerido para su realización son claros indicios de cuán

arraigada está la vocación por producir conocimiento entre quienes siguen haciendo vida académica en Venezuela. Ojalá y esta etapa signada por la falta de insumos para la impresión sea momentánea, no la antesala a la completa desaparición de uno de los principales instrumentos con los que ha contado la academia para dar a conocer uno de sus aportes más importantes como institución.